

Editorial

La construcción social de la subjetividad en una civilización que se autodestruye

Por Alfredo Juan Manuel Carballeda

En una civilización que se autodestruye a través de guerras, bloqueos económicos y crecimiento de la desigualdad, lentamente la pérdida de derechos sociales se va naturalizando; se los cede pasivamente de la misma manera que lo hacían los esclavos que retornaban a la “tranquilidad” de la casas, plantaciones, minas -de las que a veces algunos escapaban- en sociedades en las que el pensamiento hegemónico entendía esa fuga como una especie de enfermedad mental o del alma.

La desigualdad es tan acuciante que tener trabajo precarizado o informal se transforma en una dolorosa certeza que es transitada con una alegría evangélica, religiosa. La incertidumbre -como si ésta fuera una orden, plan o designio de Dios- genera a veces hilaridad mientras que desde las diferentes pantallas o redes sociales se incita al odio, se justifica nuestro propio saqueo, se miente, se engaña.

El siglo de las noticias falsas y las certezas construidas desde el engaño avanza construyendo su propia destrucción. Crece en una cultura en la que la preocupación pasa más por los envases que por lo que ellos contienen, reafirmando desde allí la creencia en una felicidad efímera y prefabricada, sin futuro, que obliga -como requisito casi indispensable- el aceptar la falta de certezas, la muerte de la sociedad, de lo colectivo, de la historia.

Una cultura en la que se nos invita a aplastar con una sonrisa a quienes se interponen en un camino que no sabemos hacia donde los lleva, mirando la vida de otros a través de pantallas de celulares y otros dispositivos, desde un goce que va desde la muestra obscena del dolor y la violencia hasta a la codicia de los famosos, creyendo que estamos allí, almorzando o cenando con la señora o su nieta desde nuestras casas cada vez más sombrías y saqueadas, adaptándonos a la desigualdad, sosteniendo que ésta es necesaria, como una especie de inmolación sacrificial donde no importan las vidas que se pierdan o los sufrimientos que se generen.

Mucho más preocupados por la inseguridad, pidiendo penas severas como si ese camino fuese una resolución, envidiando a los banqueros, empresarios y financistas que roban y explotan, soñando, a través de la meritocracia, en vidas que nunca tendremos pero que podremos disfrutar en la televisión.

Tal vez la salida, el escape, la rebelión a estas formas de dominación sólo dependa de nosotros como colectivo que hace aparecer a la memoria siempre latente, nunca bloqueada, expectante. Una memoria que parece esperar, ansiosamente, su oportunidad de despertar o quizás que esté estratégicamente esperando el momento adecuado para hacerlo.